

tancias se sumó el afianzamiento de Estados Unidos como principal acreedor de México, lo cual tiene muchas implicaciones. Tal relación tiene más de un siglo. Ya es tiempo de convivir mejor con ella sin perder la identidad ni los valores propios. Mientras más vigorosa sea la economía mexicana y menos apoyos financieros se pidan al extranjero, será más fácil defender la soberanía nacional. Pero es importante repensar cuál debe ser el concepto de *soberanía nacional* y en qué debe consistir, así como si las definiciones tradicionales se ajustan a los nuevos aires de globalización y a la necesidad de brindar bienestar a toda la sociedad mexicana.

Una segunda reflexión concierne a la recurrencia de las devaluaciones de la moneda mexicana durante los últimos sesenta años, sus causas, consecuencias y sinsabores. Los numerosos ajustes cambiarios los han originado factores externos, internos o una combinación de ambos. Si las fluctuaciones externas son severas, o las autoridades no las manejan bien, tarde o temprano generan una devaluación de la moneda. Por ello es importante detectarlas a tiempo, medir su virulencia real y ajustar la política cambiaria para amortiguar lo más posible sus efectos. Cuando se ha intentado resistir las presiones justificadas en el mercado cambiario con la simple esperanza de que se esfumen, o sea defender el tipo de cambio más allá de lo razonable, el efecto de la irremediable devaluación del peso suele ser peor de lo que hubiera sido en otras circunstancias. Un ejemplo es la devaluación de 1954, que algunos especialistas han considerado como preventiva y que se adelantó al agotamiento absoluto de las reservas del Banco de México. En ese año la economía creció 10% en términos reales. En las demás ocasiones en que las autoridades hacendarias pretendieron detener o retrasar la inminente devaluación del peso por razones políticas o de otra índole, el intento no sólo fracasó sino que causó graves estragos a la economía y el bienestar de la población.

Las devaluaciones de 1948, 1976, 1982 y 1994 evidenciaron que retrasar la dolorosa medida devaluatoria a costa de las reservas internacionales finalmente tiene un mayor costo social y afecta el crecimiento económico del país. Es preferible emprender el ajuste por el lado de los precios y minimizarlo por el de las cantidades. En otras palabras, es mejor permitir una devaluación a tiempo que tratar de reducir o eliminar el desequilibrio externo mediante la contracción de la actividad económica y, por tanto, del empleo. Se debe actuar con rapidez para restar fuerza a los efectos del ajuste cambiario. Mientras más demore la adopción de medidas correctivas, el trauma externo suscitará, por lo general, un problema mayor. No obstante, la memoria colectiva suele ser débil y se cometen, una y otra vez, los mismos errores.

Desde luego, las devaluaciones en México también tienen causas internas, casi siempre vinculadas con un exceso de gasto público o privado respecto a las posibilidades reales de financiamiento. Una política de gasto público excesivo financiado con medios diferentes al ahorro interno engendra, tarde o temprano, una crisis cambiaria, como en los años setenta, durante el auge petrolero, e inicios de los ochenta. Tal comportamiento tiene sólidos fundamentos teóricos. Lo interesante es que con gastos excesivos del sector privado, aun cuando los del gobierno se encuentren en equilibrio, también surgen problemas de balanza de pagos que conducen a la devaluación de la moneda. En ese caso el sector externo debe financiar el faltante, por lo que de

hecho existe un límite. Cuando éste se alcanza, irrumpe la crisis, precedida de fuga de capitales, especulación y una enorme redistribución del ingreso y la riqueza.

Cabe mencionar que existen al menos dos signos importantes de ese tipo de problemas. El primero es la sobrevaluación del tipo de cambio. Los economistas han puesto en duda la metodología para determinar aquélla en un momento específico. De hecho se han desarrollado varias propuestas metodológicas, pero en la práctica generalmente apuntan a la misma dirección y, en cuanto a tendencia, los resultados no son muy diferentes.¹ A fin de cuentas, sin embargo, la metodología que se escoja es lo de menos. Lo importante es prepararse para aceptar que existe o no una sobrevaluación que amerite tomar medidas de política cambiaria, sobre todo con un régimen de tipo de cambio fijo o semifijo. En años muy recientes se gastaron muchas energías en México para decidir si existía o no sobrevaluación del peso, cuando en realidad se trataba de un diálogo de sordos al no aceptarse de entrada que los precios estuvieron muy desfasados. Para cualquier observador resulta más o menos claro cuándo existe una sobrevaluación o subvaluación significativa.² Se puede apreciar al comparar el costo de los viajes en el país con el de los viajes en el extranjero, los precios de la ropa, los de la comida, o bien las rentas de las casas y departamentos en alguna ciudad media. Esta comparación siempre se hace en relación con Estados Unidos. La situación es tan obvia que la sobrevaluación o subvaluación de inmediato se refleja en la balanza comercial.

Otro signo puntual de dificultades con el tipo de cambio es el saldo de la balanza comercial, cuando asciende a montos cuantiosos. Aunque también en este renglón se han esgrimido argumentos justificatorios de que en realidad los desequilibrios de la balanza comercial o de la cuenta corriente no constituyen un problema,³ ya que los déficit por importaciones elevadas, en especial las de bienes de inversión, representan las exportaciones del futuro. El problema es que éste parece muy lejano y se requiere demasiado tiempo para que las importaciones fructifiquen en proyectos de exportación, por lo que la devaluación arriba antes que el futuro. La elasticidad ingreso de los bienes de capital y de los intermedios es muy elevada. En el caso de los bienes de consumo, el efecto precio es casi tan fuerte como el efecto ingreso y una devaluación se percibe pronto.⁴ El consumidor tiene un cierto ingreso que se puede modificar a corto

1. Por ejemplo, en un artículo reciente se utilizan cuatro medidas de sobrevaluación para México en el período 1989-1993, con resultados similares. Véase Rudiger Dornbusch y Alejandro Werner, "Mexico: Stabilization, Reform and No Growth", *Brookings Papers on Economic Activity*, núm. 1, 1994, pp. 264-265.

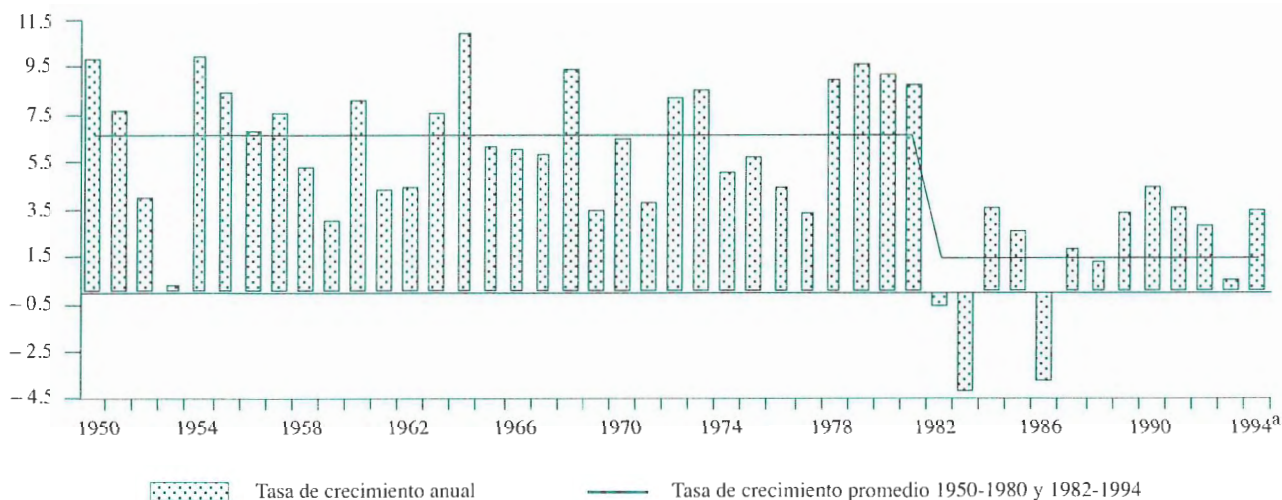
2. Se dice que un prestigiado ex funcionario público comentó recientemente que el grado de subvaluación se puede medir por el tamaño de la fila para cruzar el puente fronterizo de Tijuana. Si el tiempo de espera en ella es de 20 a 30 minutos, el tipo de cambio se encuentra en equilibrio; si se rebasa los 90 minutos, está sobrevaluado, y si pasa de tres horas se halla muy sobrevaluado y se aproxima un descalabro.

3. Para una discusión sobre este punto, véase W. Max Corden, "¿Importa la cuenta corriente? El punto de vista tradicional y el moderno", *Economía Mexicana*, nueva época, vol. II, núm. 1, México, enero-junio de 1993, pp. 7-32.

4. Dornbusch y Werner estimaron para el período 1984-1994 una elasticidad ingreso de las importaciones de bienes de capital de 4.1, así

G R Á F I C O

CRECIMIENTO DEL PIB REAL, 1950-1994 (PORCENTAJE)



a. 1993 y 1994, cifras preliminares.

Fuente: PIB 1950-1960, Nacional Financiera, *La economía en cifras*, 1981, p. 21; 1961-1993, Presidencia de la República, *Sexto Informe de Gobierno 1994*, p.26; 1994, Banco de México, *Informe Anual 1994*, p. 293.

plazo, pero debe gastar todos los días. Y para ello busca los precios más bajos. Si existe una sobrevaluación de cierto nivel, el consumidor preferirá productos importados simplemente porque son más baratos y por la novedad de consumir algo distinto y quizá mejor. Una sobrevaluación afecta de inmediato a la balanza comercial, por lo que ésta constituye un indicador efectivo de aquélla, aun cuando las exportaciones aumenten con celeridad (lo que podría indicar que no existe sobrevaluación). Otro indicador proviene de la variación del PIB global, pero valuado en dólares, y del análisis de si la situación general de la economía es congruente con el dato respectivo.⁵

Pero sin duda la consideración más importante que surge al repasar la trayectoria económica de México en los últimos 40 años concierne a la pérdida de la tendencia de alto crecimiento económico que el país tanto necesita. Como se señaló hace muchos años,⁶ el problema es que la economía ha experimentado durante decenios un desequilibrio constante, pues el incremento de la fuerza de trabajo requiere una expansión economi-

como una de las de bienes intermedios de 2.15. La elasticidad precio de los bienes de consumo se estimó en -1.23, mientras que la elasticidad ingreso de estos mismos bienes en 1.6.

5. De 1991 a 1993 el PIB de la economía mexicana creció a una tasa real promedio de 2.2%. Ello se notaba en las calles, por el desempleo creciente y el cierre de empresas. Sin embargo, el PIB de México valuado en dólares constantes creció a una tasa promedio de 12.3% en esos años. Esa diferencia indica que algo anda mal.

6. Leopoldo Solís. *Alternativas para el desarrollo*. Joaquín Mortiz, México, 1980, pp. 92-93.

ca mayor que la registrada a partir de los ochenta. El mercado de trabajo se encuentra en desequilibrio permanente, con desempleo o subempleo crecientes, sin que la caída en los salarios reales pueda restituir el equilibrio en el mercado laboral. El desempleo crónico resultante entraña graves consecuencias a largo plazo: se reproduce la pobreza, aumenta la migración tanto a las ciudades cuanto al extranjero, se deteriora el bienestar general y se acrecienta la tensión social y política.

¿Por qué en México ya no fue posible alcanzar altas tasas de crecimiento en los últimos años? Antes de proponer respuestas, conviene reiterar la pérdida de dinamismo económico que antes permitía absorber la mano de obra e incluso mejorar su productividad y bienestar. En la gráfica 1 se aprecia que de 1950 a 1981 el país obtuvo tasas de crecimiento relativamente altas, por encima del aumento de la población, lo cual permitió varios avances. A partir de la crisis de la deuda de 1982, sin embargo, la economía mostró un estancamiento crónico, con mermas importantes en el ingreso que afectaron al grueso de la población (cuadro 1). No es raro, pues, que los flujos migratorios hacia el extranjero se hayan engrosado desde los ochenta, que la pobreza ahonde raíces en muchos lugares del país, que la inseguridad pública y la tensión social se hayan intensificado y, en suma, que la productividad media de la mano de obra haya descendido tanto, con serias consecuencias para el país a corto y largo plazos (gráfica 2).

Desde luego se pueden apuntar muchas causas probables. Sin desconocer la importancia de fenómenos como el rezago educativo, cabe destacar el aumento de la población y la insuficiencia

C U A D R O 1

INDICADORES MACROECONÓMICOS SOBRE PRODUCTO, EMPLEO Y DEUDA (TASAS PORCENTUALES DE CRECIMIENTO PROMEDIO ANUAL)

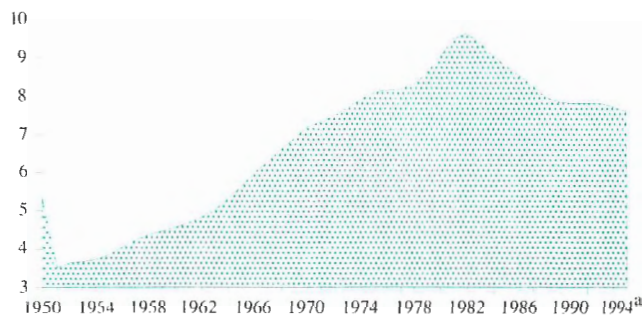
	1950-1962	1963-1970	1971-1981	1982-1994 ^a
Producto interno bruto real	6.1	7.0	6.9	1.4
Población económicamente activa	2.9	1.7	4.1	3.6
Servicio de deuda/PIB	28.0	12.6	34.1	51.8

a. Cifras preliminares.
 Fntes: PIB de 1949, Nacional Financiera. *La economía mexicana en cifras*, México, 1981, p. 21; PIB de 1962, 1970 y 1981, Presidencia de la República, *Sexto Informe de Gobierno*, México, 1994, p. 26; PIB de 1994, Banco de México, *Informe anual 1994*, p. 293. PEA, Nacional Financiera. *La economía mexicana en cifras*, 1981 y 1984, pp. 14 y 30, respectivamente. Servicio de la deuda, Banco de México, *Estadísticas históricas. Balanza de pagos*, cuadernos 1950-1969 y 1970-1978; Presidencia de la República, *Sexto Informe de Gobierno*, México, 1994, pp. 98 y 137. Exportaciones petroleras de 1949, 1962, 1970 y 1981, Nacional Financiera, *La economía mexicana en cifras*, 1981 y 1984, pp. 346 y 263, respectivamente; 1994, Presidencia de la República, *Sexto Informe de Gobierno*, 1994, p. 140.

crónica del ahorro para financiar la inversión y generar así el crecimiento económico necesario. La vertiginosa expansión demográfica es bien conocida. Mientras que en 1921 existían 14.3 millones de mexicanos, en 1950 el número ascendió a 25.8 millones, en 1970 a 49 millones y en 1996 la población mexicana se calcula en más de 92 millones de habitantes. Si a esas cantidades se agregaran las personas que emigraron a Estados Unidos (y sus descendientes), sobre todo en los últimos 15 años, el número crecería en varios millones más.

G R Á F I C A 2

PRODUCTIVIDAD MEDIA DE LA MANO DE OBRA (PIB REAL/PEA, MEDIAS MÓVILES)¹



1. La base para el PIB real es 1980 = 100. a. Cifra preliminar.
 Fuente: PIB, Nacional Financiera. *La economía en cifras*, 1981, p. 21; Presidencia de la República. *Sexto Informe de Gobierno*, 1994; Banco de México, *Informe Anual 1994*.

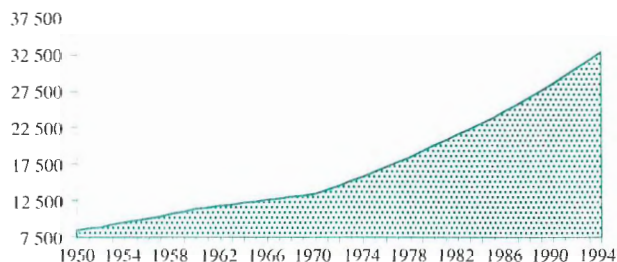
El aumento de la población entraña intensas presiones sobre el mercado de trabajo. Si en 1950 la economía necesitaba crear alrededor de 100 000 empleos al año para absorber la nueva mano de obra en el mercado laboral, en 1970 dicho requerimiento prácticamente se duplicó a poco más de 200 000 empleos. Pero en los decenios siguientes sobrevino la explosión. A principios de los noventa la economía debía generar más de un millón de empleos nuevos cada año para ocupar a los jóvenes que ingresan a la fuerza de trabajo (gráfica 3). La magnitud de esas necesidades explica en gran medida que los enormes esfuerzos por ampliar el sistema educativo nacional, los servicios públicos y la infraestructura económica general resulten insuficientes para atender a la multitud de jóvenes que demandan oportunidades de empleo y bienestar.

Aunque desde hace algunos años la tasa de crecimiento demográfico comenzó a disminuir, existen muchos millones de mexicanos que todavía no llegan a la edad de trabajar. Tan atroz problema, en apariencia lejano hace 20 o 25 años, se encuentra ya presente y subsistirá durante varios decenios aun si se toman medidas drásticas inmediatas. Pese al descenso de la tasa de crecimiento, en números absolutos la población continúa en rápido aumento. En la gráfica 4 se puede apreciar el número de personas que cada año se han incorporado a la fuerza de trabajo, lo que representa el número de empleos nuevos que es necesario generar para mantener el nivel de desempleo. La presión en el mercado de trabajo ha sido y seguirá siendo enorme, al menos durante los próximos 50 años. De ahí lo imperioso de restaurar el dinamismo económico.

Otra dificultad clave es la falta crónica de ahorro interno para financiar la inversión necesaria para generar fuentes de trabajo. Durante los años cincuenta y los inicios de los sesenta el crecimiento de la economía se sustentó sobre bases sanas, en el sentido de que no había una brecha muy grande entre ahorro e inversión (gráfica 5). La insuficiencia de ahorro de origen interno no era tanta para impedir un crecimiento importante. Un factor favorable en aquel tiempo fue la moderada densidad de la población en el territorio nacional, todavía con enormes re-

G R Á F I C A 3

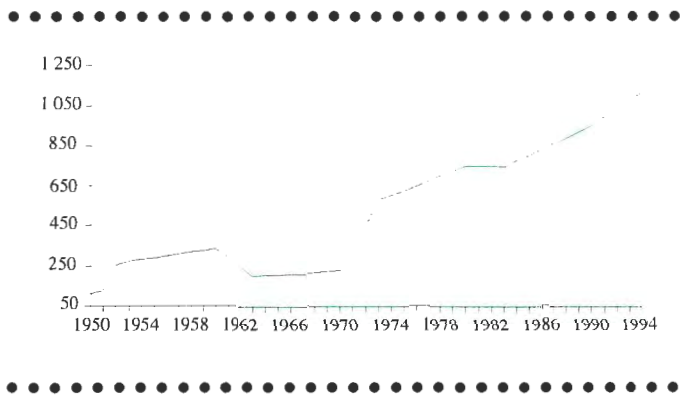
POBLACIÓN ECONÓMICAMENTE ACTIVA (MILES DE HABITANTES)



Fuente: Nacional Financiera. *La economía mexicana en cifras*, 1981 y 1984, pp. 14 y 30, respectivamente.

G R Á F I C A 4

FUERZA DE TRABAJO, INCREMENTO ABSOLUTO ANUAL (MEDIA MÓVIL, MILES DE PERSONAS)



servas de tierras y recursos naturales que explotar.⁷ En ese entorno se aplicó la estrategia de crecimiento hacia adentro, apoyada en una política proteccionista y una agricultura proveedora de divisas para financiar importaciones necesarias, lo cual fructificó en un mercado interno en expansión. Sin embargo, llevó también a la pérdida de eficiencia al engendrarse mercados cauti-

7. Por ejemplo, el costo de generación de energía eléctrica mediante el aprovechamiento de presas casi naturales era relativamente bajo. A medida que disminuyó tal posibilidad, la construcción de nuevas presas exigió mayores inversiones en obra civil y, por lo tanto, resultó más costosa.

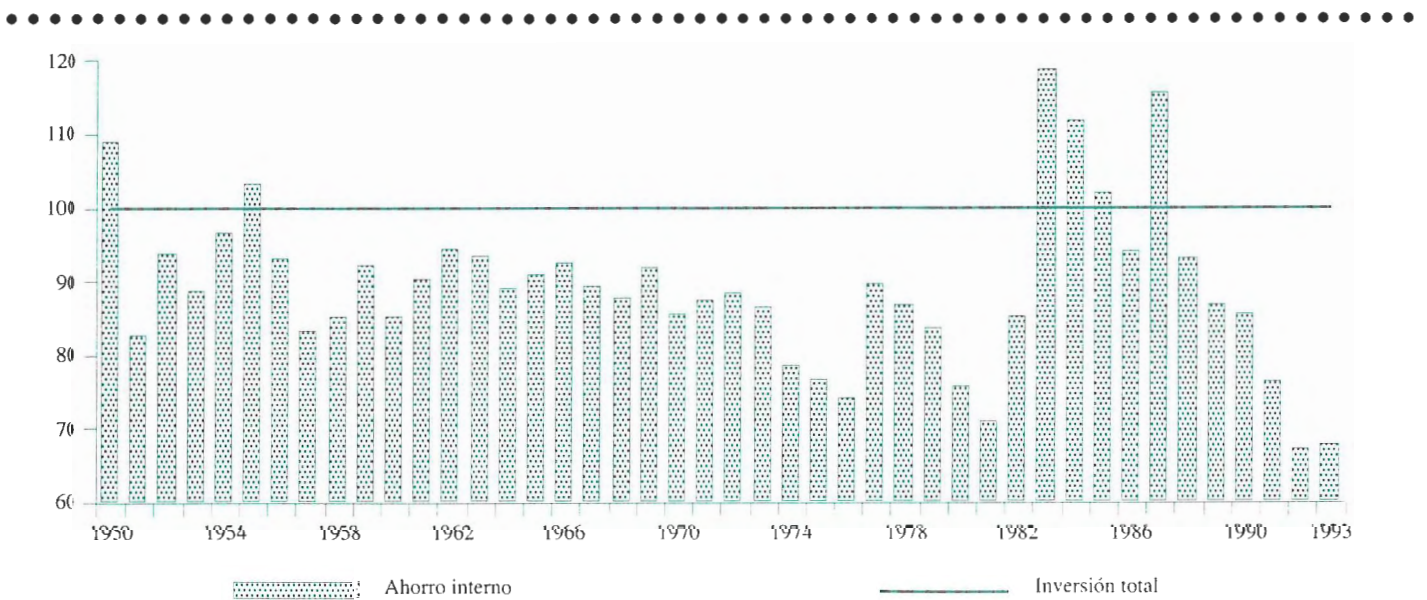
vos sin grandes exigencias de calidad y precio para el aparato productivo. Por razones políticas, entre otras, se decidió proseguir dicho camino y mantener al mercado interno como motor único del crecimiento en menoscabo de la competitividad.

A mediados de los años sesenta y después en los setenta, probablemente por presiones de grupos de interés, consideraciones ideológicas o el éxito aparente del modelo de sustitución de importaciones, se optó por ampliar aún más la protección, incluso en materia de inversión extranjera, y alentar el desarrollo de las industrias de bienes de capital y algunos intermedios (cuyas exigencias de divisas y capacidad tecnológica son mucho mayores que las de las industrias de bienes de consumo).

La perseverancia en crecer hacia adentro, pese a los requerimientos de importaciones y a las necesidades correlativas de exportar para obtener las divisas necesarias, originó faltantes de ahorro para financiar grandes proyectos de inversión y se tuvo que recurrir cada vez más al ahorro externo. Mientras el monto de la deuda y su servicio fueron relativamente bajos, la economía pudo continuar en rápida expansión. Al paso del tiempo, sin embargo, la acumulación de deuda externa acrecentó las obligaciones respectivas, pues había que pagar más intereses y amortizar cantidades mayores. Hacia fines de los sesenta, los montos relativamente moderados de deuda contratada empezaron a ser insuficientes. Ante ello, sumado a la presión de generar muchos más empleos por los rezagos existentes, se emprendió una política de corte populista, con excesos de gasto que requirieron montos crecientes de endeudamiento. Sólo el hallazgo de grandes montos de petróleo permitió prolongar tal camino durante un decenio y, más aún, el ensanchamiento de la brecha entre ahorro interno e inversión en medio de la abundancia de recursos crediticios en los mercados internacionales de capital. Cuan-

G R Á F I C A 5

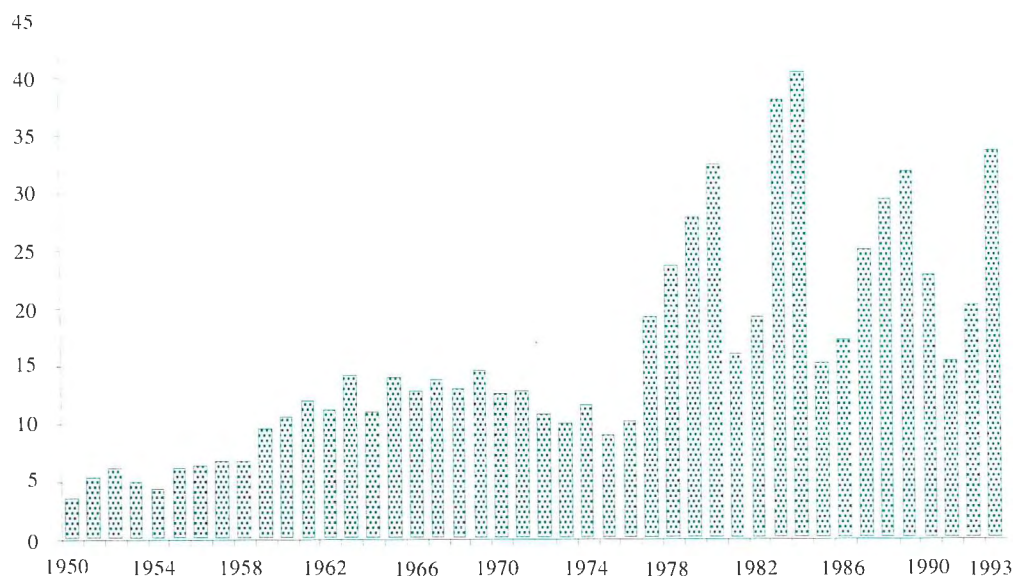
AHORRO INTERNO COMO PROPORCIÓN DE LA INVERSIÓN TOTAL¹ (PORCENTAJES)



1. El espacio en blanco entre inversión total y ahorro interno es el faltante de financiamiento de la economía mexicana.

G R Á F I C O 6

SERVICIO DE LA DEUDA COMO PROPORCIÓN DE LA INVERSIÓN TOTAL, 1950-1993



do los flujos del exterior cesaron a principios de los ochenta, estalló la crisis de la deuda. De pronto se tornó evidente que los excesos de gasto o la falta de ahorro acumulados por muchos años habían engendrado una cuantiosa deuda externa, pública y privada, de la cual era necesario cubrir al menos su servicio, que además se había incrementado mucho por los plazos tan cortos a que se contrató una gran parte de los empréstitos.

Las consecuencias de no cumplir dichas obligaciones son difíciles de imaginar, pero sin duda hubieran entrañado un enorme costo económico y político dentro y fuera del país. Las consecuencias de pagar en los años ochenta han sido la debilidad y el estancamiento de la economía, aún presentes. Los esfuerzos por reducir el monto de la deuda, sobre todo durante los primeros cinco años del gobierno anterior, se perdieron en 1994 en aras de defender el tipo de cambio. La carga de la deuda persiste como uno de los obstáculos fundamentales para que la economía pueda crecer de nuevo. Basta considerar que el monto de la deuda pública externa equivale a que cada mexicano adeuda más de 1 000 dólares a los acreedores extranjeros. El crecimiento del producto ha sido mayor conforme el servicio de la deuda ha sido menor y viceversa. Esta conclusión es muy obvia, pero con frecuencia se pasa por alto. En otras palabras, es necesario reducir la carga de la deuda al mínimo para poder crecer, aun cuando ello signifique fuertes sacrificios de diversa índole.

Para medir el peso de la deuda en una economía la mayoría de los especialistas, entre ellos los de organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial, mide su servicio como proporción del PIB o de los ingresos de la cuenta corriente a fin de ponderar la capacidad de pago correspondiente. Este enfoque puede ser correcto cuando sólo se busca determinar los requerimientos de "flujo de caja". Pero no

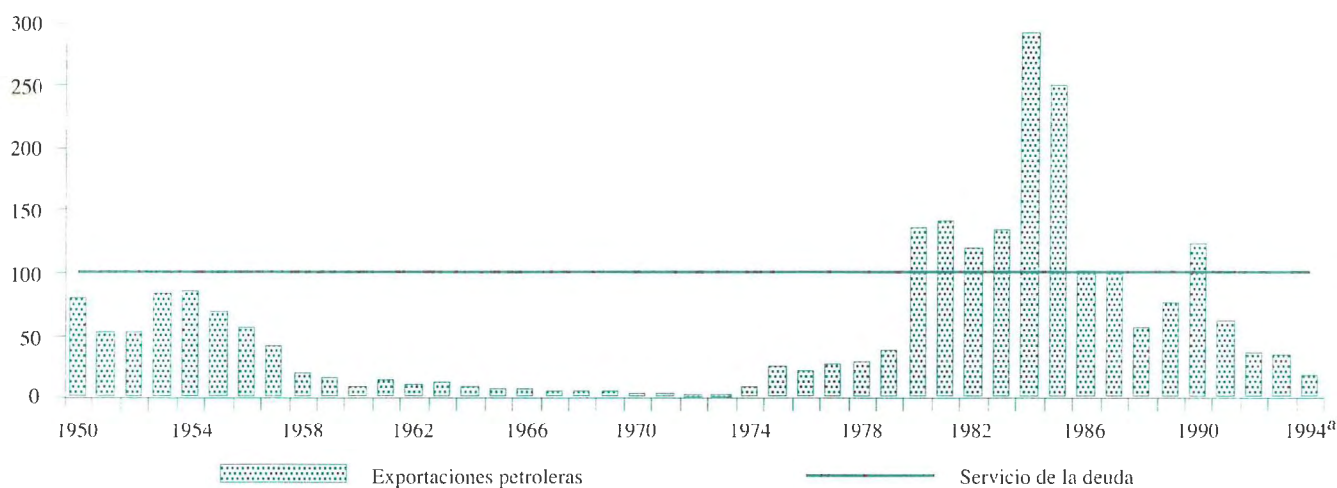
lo es tanto si se considera que lo fundamental en una economía es su capacidad de generar empleo y bienestar social.

En una economía en desarrollo, como la de México, el punto central en cuanto al volumen de la deuda externa es en qué medida impide el crecimiento económico y la creación de los empleos necesarios. Así, un indicador más pertinente para determinar si la deuda resulta pequeña o grande es considerar su servicio como proporción del PIB y ello compararlo con la inversión también como coeficiente del producto. Por ejemplo, se estima que en 1995 el servicio de la deuda externa mexicana ascendió a alrededor de cuatro o cinco puntos porcentuales del PIB, mientras que la inversión pública de ese mismo año equivalió a alrededor de dos puntos porcentuales del producto. Sin el servicio del débito, así, la inversión pública se podría haber triplicado. De esa manera se aprecia con claridad el peso de la deuda en términos de la inversión potencial no realizada por pagar el servicio de la deuda o, si se quiere, del número de empleos que no se generaron por igual causa. En la gráfica 6 se presenta dicha relación. El desplazamiento de las inversiones merma el crecimiento de la economía, en razón de los recursos que se debieron enviar al extranjero como pago del servicio de la deuda y que han cobrado gran importancia, sobre todo desde fines de los setenta. La inversión adicional posible de no pagarse el servicio de la deuda estimularía, sin duda, el crecimiento del PIB de modo significativo.⁸

8. Con base en un modelo ARMA se calculó la elasticidad inversión del PIB, es decir, cuánto aumenta el producto por cada punto porcentual de incremento en la inversión. Para el período 1925-1979 el coeficiente es de 1.00823, con una T estadística significativa (654.04), R cuadrada de 0.9985 y D.W. de 1.76.

G R Á F I C O A 7

EXPORTACIONES PETROLERAS COMO PROPORCIÓN DEL SERVICIO DE LA DEUDA (PORCENTAJES)



a. Cifras preliminares.

Fuentes: Banco de México, *Estadísticas históricas. Balanza de pagos*, cuadernos 1950-1969 y 1970-1978, y Presidencia de la República, *Sexto Informe de Gobierno*, 1994, pp. 98, 137 y 140.

No obstante, se debe pagar el servicio de la deuda. La acumulación de un elevado saldo de la deuda externa del país, pública y privada, y por tanto su consiguiente servicio, se ha convertido en una verdadera renta que es necesario saldar cada año a los acreedores externos. Resulta preocupante que esta renta se pague cada vez más con el patrimonio de la nación. Durante dos decenios las exportaciones de petróleo han financiado ya una parte importante del servicio de la deuda (gráfica 7). Además de que la mayoría de la población mexicana considera al petróleo como un caro bien nacional, se trata de un recurso no renovable y mientras más se consuma menos habrá mañana. Las exportaciones petroleras han servido para cubrir gastos corrientes o de operación de la economía, no para financiar inversiones que la insuficiencia del ahorro propio no permite realizar. No es exagerado afirmar que parte del patrimonio de las generaciones venideras de mexicanos se ha consumido en aras de las obligaciones adquiridas, en lugar de usarse para generar mayor riqueza y bienestar para las generaciones presentes y futuras. No parece justo ni correcto comprometer más el porvenir de la población mexicana. Es menester encontrar un camino para evitarlo.

Mientras la capacidad de pago del país aumente más rápido que la renta correspondiente al servicio de la deuda, el peso de ésta en la economía será menor. Para ello es necesario crecer a un ritmo elevado y, al mismo tiempo, no depender tanto del ahorro externo. Por tanto, es indispensable incrementar el ahorro interno para evitar faltantes en la inversión. Se necesita mantener la estabilidad macroeconómica básica a fin de estimular el

ahorro de largo plazo, con mecanismos e instrumentos adecuados para generarlo, y asegurando el equilibrio en las finanzas de los sectores público y privado.

Pero el aumento del ahorro interno *per se* no es suficiente. Además se requiere generar las divisas suficientes para cubrir la renta que significa el pago del servicio de la deuda, así como para pagar las importaciones de bienes y servicios que no se producen eficientemente en el país. Por ello y en aras de la estabilidad macroeconómica es preciso mantener una política cambiaria realista, sin tratar de sostener el tipo de cambio artificialmente sobrevaluado o subvaluado por mucho tiempo. También se ha vuelto urgente, a pesar de la legislación sobre la autonomía del Banco de México, discutir el verdadero papel de la banca central en un país donde el dólar es la unidad de medida para una gran parte de las transacciones tanto internacionales cuanto nacionales. En última instancia se trata de revisar el costo para el bienestar colectivo de mantener el peso como signo monetario nacional. Quizás ha llegado el momento de establecer una moneda internacional, por ejemplo para América del Norte, en lugar de contar con signos nacionales en esta zona económica, aun cuando no haya todavía libre tránsito de personas. La inestabilidad monetaria en la historia reciente de México ha sido sumamente costosa para la sociedad. Por último, para que existan verdaderas posibilidades de desarrollo del país a largo plazo, es necesario reducir aún más el crecimiento de la población que encierra, por ahora, el de la pobreza y la marginación social. (e)